

NUESTRA SALUD MENTAL

Un día en la vida del profe...

Por José Israel González Blanco

Trabajador Social

Centro Educativo Rural Horizonte

Hablar de salud mental en una sociedad enferma e invadida por la enajenación, puede sonar a locura. Ojalá lo fuera así como la concibe Celsum Castoriadis¹, pero no, la locura aquí está encaminada por los lados de los trastornos funcionales, por el lado de las psiconeurosis. Siguiendo a Martínez y Herrera², se trata de interrogar la cotidianonegación, la razón de la locura y de sus síntomas, si la categorizáramos como *enfermedad mental*³, pero esa es una polémica epistemológica de la cual no se ocupa el escrito.

El sentido de este escrito es provocar el debate entre mis colegas, maestras y maestros, acerca de la relevancia, en estos tiempos de explosión social, de la salud mental en los pedagogos colombianos. El discurso sobre la salud mental en los docentes no ha tenido cabida, en la literatura pedagógica, pese a que dentro de sus escuelas -particularmente en la taxonomía de Palacios⁴- figura la tendencia antiautoritaria, en cuyo interior tienen lugar los aportes de quienes, en el estatuto de las ciencias de la psiquis, están encargados de su estudio e investigación. Se destacan los aportes de Freud, desde el psicoanálisis, Rogers, con la terapia centrada en el cliente y Mendel, entre otros.

Para no hablar en abstracto, recurre a un ejercicio sencillo: el registro de algunas situaciones que acontecen en la práctica pedagógica, en la escuela donde actúo como trabajador social. Ahí, en la descripción se hacen visibles actitudes de directivos docentes, maestros y maestras, estudiantes y padres de familia. Allí se leen situaciones de

Realizar un debate entre mis colegas, maestras y maestros acerca de la relevancia, en estos tiempos de crisis social, de la salud mental en los pedagogos colombianos, es el propósito de este escrito.



Centro Educativo Distrital El Mirador.

violencia en todos los órdenes: desarraigo, desesperación, tristeza, pérdida de control, nerviosismo, pérdida del apetito, insomnio, somnolencia, desesperanza, maltrato verbal, miedo, *malgenio*, desconcentración, rabia, depresión, manifestaciones éstas que, siendo equitativos, exigen apoyo de profesionales de la salud mental, no para aislar a las personas del aula, la escuela o del colegio, sino para acompañarlos interdisciplinariamente.

Existen tres razones en la elaboración de este documento que me tornan cuerdo. La primera, me gusta la temática. La segunda, los aportes que han hecho mis colegas, en el diario trasegar, en la escuela y la última, un reciente artículo de prensa, cuyo título reza: *Casi 6 millones de colombianos sufren enfermedades emocionales*. El guarismo es presentado por el Ministerio de Salud en 1997 y equivale al 14.5% del total de la población colombiana. No ca-

be duda que dos años más tarde el dato esté más que upaquizado.

Teniendo en cuenta que las estadísticas en salud y particularmente la de atención psiquiátrica se toman de acuerdo con los registros formales suministrados por los centros de atención oficiales y particulares, el dato puede alterarse progresivamente. Una de las razones está en que un alto porcentaje de la población colombiana no puede acceder al servicio de los profesionales de la salud mental, debido a la desprotección social en que se encuentran y por falta de dinero. El Plan de Desarrollo del actual gobierno reconoce que 8.3% de compatriotas están en condiciones de indigencia, mientras que el 55% de los hogares colombianos se encuentran, por debajo de la línea de la pobreza.

Si a las cifras anteriores le adicionamos el 20% de población desempleada, los cerca de dos millones de

desplazados; una consulta psiquiátrica reconocida del 42%, en estratos alto y medio-medio; y la casi-ausencia en las estadísticas de la población juvenil e infantil, quienes también son afectados por los problemas de salud mental, tanto de sus padres, profesores, gobernantes, funcionarios y sociedad en general, entonces podemos decir, sin temor, que vivimos en una sociedad profundamente enferma, tan enferma que a diario somatiza a través de sus instituciones. Por algo, la Organización Mundial de la Salud y la Organización Panamericana de la Salud plantean hoy la promoción del psiquiatra y, en sí, de los profesionales de la salud mental.

Una nube presagia

Son las 6:30 de la mañana, doña Blanquita apronta sus menesteres para ir a la escuela a separar, con la magia de la llave gris, que carga en el bolsillo de su delantal azul, las hojas del portón verde. Mientras esto acontece son las siete menos una decena de minutos, el entorno de la institución comienza a enrojecerse por los rayos del sol que se refractan en el saco del uniforme de los estudiantes, quienes minutos antes han sufrido la perturbación de su sueño, les han arrebatado su cuatro puntas de lana acrílica, en fin, han sido desarraigados de su catre, por culpa del bendito estudio, estudio que no los trasnocha. Visibles, entre los caminantes de pantalón azul y falda a cuadros, aparecen los docentes: mujeres en su mayoría, y hombres, valientes y admirables que a partir de las cuatro horas del amanecer están en pie, organizando los quehaceres domésticos, dándole paso a la jornada laboral.

Desde temprano, al igual que los escolares, se alejan de su nicho fa-

EXPERIENCIAS

miliar, van a la escuela- como lo dice el poeta- a entregar su existencia, a manera de una llamita diaria y generosa para que no falte luz en las escuelas y los niños aprendan a amar la claridad.

Después del periplo citadino, el reloj indica las siete de la mañana. Luego del ascenso ininterrumpido de las 142 escalinatas, se arriba alegremente al paraje de la escuela, directo al aula de clase, porque allí, desde hace un buen rato, el ritual militar del a *discreción, atención firmes*, gracias a los coqueteos con nuevas corrientes pedagógicas, se ha venido debilitando. La falta de la fila, mal llamada *india*, ha ahuyentado el sermón de los profesores de *disciplina* y la entonación del santo rosario.

En este ir y venir de acontecimientos se continúa con el ritual de la escolarización. Los profes ingresan al salón rectangular; allí son recibidos con una oleada de voces que anuncian el beneplácito de los educandos por su llegada; se alteran los ánimos y los movimientos dispersos de los pequeños caotizan la vida del aula, la hacen entrópica, como lo recita el Indio Rómulo, en una de sus poesías, a tal punto, que le toca a la profesora cambiar el tono cotidiano de su voz, por uno más alto y, en ocasiones, por gritos. Esta actitud no obedece al deseo de los docentes, sino que corresponde más a las exigencias de los niños y niñas; pues, lastimosamente ellos - aducen algunos padres de familia-

están acostumbrados a que les hablen más arriba de los 90 decibeles e incluso, ¡quién lo creyera!, gustan de que les anden duro; pues el trato en casa es fuerte y en la calle, ni qué hablar. De tal manera que transcurridos algunos minutos, el maestro ya ha alterado abruptamente su manera de ser.

Vienen luego los resultados de la tareas, tareas que al decir del psiquiatra Villar Gaviria³, son la prolongación de la jornada escolar; una acción que bien vale la pena cuestionar, pues afecta física, emocional y hasta económicamente, a los educandos, a los padres y madres de familia y, por supuesto, al profesor. El segundo o tercer dolor de cabeza de la mañana lo producen las tareas. *Profe a mi se me olvidó... Yo no entendí... Mi papá no me dejó hacerla, porque me puso a hacer un oficio... A mi, si fue que se me olvidó*, son algunas de las justificaciones que esgrimen los cursantes de la escolaridad.

A esta hora de la mañana el salón ya está afectado por el calor, un calor que además de abrigar el espíritu de los profes, altera su funcionalidad orgánica, porque la química de los gases permite los enlaces de los mismos, la ionización y por ende, la contaminación ambiental. ¡Claro cómo

no va a existir contaminación ambiental en un espacio donde a cada persona le corresponde un metro y unos centímetros más! Esta realidad espacial y ambiental impulsa a los niños a pedir permiso para... ir al baño..., salir a... Y fluyen preguntas cómo: ¿cuánto falta para salir al recreo? ¿A qué horas llega el refrigerio? ¿Hoy a qué horas salimos?

Cómo no va a existir contaminación ambiental en un espacio, donde a cada persona, le corresponde un metro y unos centímetros más de espacio...

Llega la hora del recreo. Todos salen corriendo del salón de clase; el último en hacerlo es el docente. En oportunidades, cesa el descanso y la profe todavía está allí ordenando el salón, preparando las clases siguientes y, a veces, hasta barriendo. Cuando logra salir a la par con los escolares, le corresponde asumir el papel de árbitro, mediador de problemas; escucha las infamias e historias tristes que le suceden a los niños y niñas, en un país, cuyos gobernantes se jactan de defender los derechos humanos y en cuya Constitución se lee que: *los Derechos de los niños prevalecen sobre los Derechos de los demás*. Culmina el recreo y nuevamente al claustro, a trabajar con las uñas; los instrumentos que se imponen, siguen siendo el lápiz que ha reemplazado la pluma y el gis; el marcador, en lugar de la tiza y el cuaderno, a cambio de la pizarra. Esas son las herramientas que el Estado moderno y neoliberal le suministra al maestro y a los estudiantes, para mejorar la calidad de la enseñanza y el aprendizaje.

Se acerca el final de la jornada, todos los pequeños pendientes de salir, más no de dirigirse a la casa, yo no me quiero ir todavía, para la casa; prefieren la escuela, aunque no quieren permanecer en el salón. Los docentes terminan fatigados, ya han vertido toda su energía, su calidez, parte de su vida en los pequeños. En eso ellos y ellas no son ta-caños, para nada.

Pero, la jornada no culmina todavía. Ahora el itinerario de cada quien es variado; se sale de esta cajita de realidad compleja, para encarrilarse en el retorno, por el camino recorrido seis horas atrás. No sabemos que más cosas ocurren en el resto del día, solamente se sabe que la vida continúa, que las preocupaciones de los maestros y maestras por los suyos, por estudiantes, el país, su salud, el pago de la vivienda, su salario, su capacitación, la evaluación, por estar candidatizados a ser desempleados, por la violación de los Derechos Humanos, por la corrupción que asfixia a la Nación, por las mentiras que los medios de comunicación y los gobernantes a diario le transmiten a los educandos, mientras que en la escuela se lucha por inculcar y arraigar los valores de la convivencia. Es más, hay colegas que andan preocupados porque en la escuela muchos de nosotros también somos generadores de violencia. De ello dan cuenta nuestros estudiantes y nosotros mismos.

Para culminar este comienzo, reitero la invitación a que nos ocupemos de esta dimensión un tanto olvidada en tiempos tan convulsionados; digamos con Benedetti: *de vez en cuando, hay que hacer una pausa, contemplarse a sí mismo, sin la fruición cotidiana, examinarse el pasado, rubro por rubro, baldosa por baldosa; etapa por etapa, y no llorarse las mentiras, sino cantarse las verdades*.

¹ Léase: **Castoriadis**, Celsum, *El Avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

² Sobre el particular, léase: **Herrera, Alfonso y Martínez, Abel**, *Razón de la locura y locura de la razón*, Bogotá: Oveja Negra, 1981 y *Materiales para la demolição de esta vida cotidiana*, Ediciones Puntos Gráficos, 1988.

³ Existe una amplia discusión entre los psiquiatras convencionales y la corriente de psiquiatras, conocidos como antisiquiatras acerca de la concepción de la enfermedad mental y de su tratamiento. Para mayor información consúltese, entre otros: **Szasz, Thomas**, *El mito de la enfermedad mental*. En: *Razón Locura y Sociedad*. México, Siglo XXI editores, 1982, págs. 85-102.

⁴ **Palacios G., Jesús**, *La Cuestión Escolar*, Barcelona: Laia, 1989.

⁵ **Villar Gaviria, Álvaro**, *Aspectos escolares*. En: *Psicología y lucha de clases*, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1988, págs. 89-98.



Centro Educativo Distrital El Mirador.